singular privilegio, por haber sido la criatura á quien, después de Jesucristo, se encomendó en el Universo el más alto destino.

¡Oh! ¡Cuán hermoso es, Señor, ver á María reconocer modestamente su grandeza, y glorificar al Señor con la humildad más santa en aquel sublime Cántico que debió hacer suspender sus himnos, para escucharlo y bendecirlo, á los Angeles y los bienaventurados! Si puede decirse que la naturaleza canta incesantemente las alabanzas de su Creador, diríase de la misma manera que el Magnificat es la dulce y perpetua acción de gracias de María ante el trono de la Divinidad. El gran Bossuet creía deducirse la Concepción Inmaculada de María de esta frase profunda: «El que es Omnipotente hizo para mí grandes cosas;» y estas palabras tan llenas de incomprensibles arcanos resonarán constantemente en el fondo de todos los corazones piadosos, que elevarán hasta Dios y María los homenajes de su espíritu. Nó, no será solamente la Virgen de Israél la que exhale su alma en aquella adoración suprema, sinó que todos los siglos, todas las generaciones, todas las grandes inteligencias vendrán estudiando y adorando ese Misterio, y en todas las lenguas se exclamará con júbilo inefable: «¡Gloria á Dios en el Misterio de la Concepción sin mancilla de la Virgen Madre!»

Veamos ahora, Señor, cómo este dogma es también un misterio de gracia para María.

II.

Cuando examinamos detenidamente la economía de la Creación, hallamos que todo en ella tiene su cúspide, sus enlaces, sus gradaciones: vemos la jerarquía impresa en los Cielos y en la naturaleza. Esto mismo, Señor, acontece en el orden de la gracia. Nacida de la Esencia Divina, allí tiene su elevadísimo asiento: en la unión de la divinidad con la humanidad, tiene su manifestación más cumplida: derivada de esas fuentes sobre los corazones de los hombres, y relacionada con su libertad, ella disminuye hasta desaparecer ó se aumenta hasta el arrobamiento.

De aquí podemos inferir cuán ricos sean los tesoros de virtud y de gracia que inundan el espíritu de la Santísima Virgen. Concebida desde la eternidad en la mente del Altísimo; salida de sus

labios la primogénita de todas las criaturas, Ella debe haber recogido en el manantial mismo de la gracia la porción más noble y excelente. Templo sacratísimo donde ha de realizarse aquella unión dichosa del Verbo con la carne, la gracia se ostentará en María con toda su plenitud. Alma cuyas potencias se ejercitarán tan sólo en recordar los beneficios, en conocer la verdad y en desear el amor de su Dios, los resplandores de la gracia han de manifestarse en María con todos sus efectos y todas sus maravillas.

Así es, Señor, que la predestinación de María vino tendiendo hacia la realidad del sér por un camino sembrado de flores de celestial perfume, y con la suavidad irresistible de las disposiciones de la Providencia. Y en medio del Paraiso es donde ya escuchamos el oráculo por excelencia de María, su preconización más solemne y trascendental, la que devuelve la esperanza al mundo. Ya allí pueden adivinarse todas las perfecciones que han de adornar á ese sér venturoso, y al frente de ellas la gloriosa dispensa de una ley que regía para todos los hombres, el Océano de gracias que separa dos orillas que no se tocarán jamás, la excepción portentosa del pecado de origen. La preparación de los siglos continúa. Abraham, Jacob, David van formando la sangre ilustre de la Virgen de Nazareth. Las mujeres más insignes de la Antigua Ley, Sara, Rebeca, Raquel, Ruth, Judith, Ester y la Madre de los Macabeos van haciendo como el

bosquejo de sus preeminencias; y digo el bosquejo, porque ni Sara es tan fiel, ni Rebeca tan gentil, ni Raquel tan hermosa, ni Ruth tan modesta, ni Judith tan fuerte, ni Ester tan pudorosa, ni la madre de los Macabeos tan sublimemente heróica. Por todas partes brotan los símbolos, las figuras y los emblemas de María: *la tierra virgen del Paraíso*, productiva sin germen; el *Arca* que no naufraga, la *escala* que pone en comunicación á la tierra con el Cielo, la *zarza* que no se quema, la *Fuente sellada*, el *Jardín cerrado*, la *Puerta del Santuario* que mira hacia el Oriente, y que no se abrió jamás á los pasos de ningún hombre. Los pueblos han oído las tiernas frases del Esposo á la amada de los Cánticos: «Toda eres hermosa, amiga mía, y mancilla no hay en ti» (1); se han recreado en estas dulces palabras que Asuero dirigió á Ester: «Esta ley, establecida para todos, á ti no te alcanzará» (2). Los escritores sagrados van á concluir en Esdras y Nehemías, cuando aún se oye un sonido de las antiguas liras en los Libros de los Macabeos. Los oráculos enmudecen: el cetro se escapa de la estirpe de Judá: los siglos esperan: está ya para lucir el gran día del Universo.

La mujer extraordinaria que ha ocupado toda la eternidad que la antecede, y ha de ocupar toda la eternidad que la sigue, va á recibir su existen-

(1) Cant., IV, 7.
(2) Esth., XV, 13.

cia. En vez de la auréola de las Profecías, descienden de los Cielos torrentes de eficacísimas gracias. Es aquel un momento supremo. El primer instante del hombre, hijo de Adán, es la primera mancha de la culpa: el primer instante de María ha de ser el triunfo más completo sobre el infierno y el pecado. ¿Cómo, decidme, se ha obtenido esta inmarcesible victoria?

¡Oh! Era—escribia un Obispo de la antigua Francia, Euquerio de León,—«que la sangre de »Jesucristo, que había de ser tomada del castísimo »cuerpo de María, producía anticipadamente para »ésta una redención más extensa que para los de»más hombres.» Era que el mérito infinito del sacrificio de Jesús se elevaba hasta la Concepción de su Madre para hacerla inmaculada, pareciéndose, según la bella comparación de un privilegiado talento (1), «á esas hermosas fuentes que elevan el »agua de sus surtidores hasta el nacimiento de sus »manantiales.»

Yo, Señor, me represento un ángel, acaso Gabriel, *fortaleza de Dios*, que de manos de éste recibe una alma que ha creado hermosísima, vestida de la brillante luz del Sol eterno, y que, como Custodio destinado á su guarda, la lleva á unirse con un cuerpo de perfección admirable, que se forma en el seno de Madre fecunda por bendición

(1) Bossuet, *Serm. 2 sur la Concept. de la Vierge, 1.er point.*

especial del Cielo. El espíritu del mal espiaba ya el momento de esa unión misteriosa para echar sobre ella su hálito emponzoñado: pero el ángel le muestra el decreto del Eterno que exceptúa á María de aquella ley imperiosa y terrible. El ángel caido se agita en impotente ira, maldice y blasfema; el ángel fiel, sereno como el poder de la virtud, le repite la palabra de Dios en el Paraíso: «Esa mujer quebrantará tu cabeza.» *Ipsa conteret caput tuum* (1). Luzbel huye, el ángel permanece, y la unión de la materia y el espíritu se verifica en María con una pureza incorruptible. Es la primera concepción sin mancha que ha visto la tierra desde el Edén perdido. Un mar borrascoso se estrella contra la roca que salpica de espumas, y el cisne se cierne sobre el seguro nido que tiene colgado en la cumbre. Algunos años más, y el Angel descenderá realmente para apartar el velo de ese profundo misterio, y saludar así á una casta doncella en presencia de las generaciones atónitas: «¡Dios te salve, llena de gracia!»

¡Bendita seas mil veces, Madre mía! Tú eres la pura azucena, cuya blancura resalta en medio de los abrojos; la rosa de Jericó, cuya belleza nunca estuvo ajada ni marchita; el ciprés majestuoso que se alza sobre los más altos montes de Sión; la palma que con su verdor excita la emulación en Cades; el plátano más bello que florece á la orilla

(1) Génes., III, 15.

de las aguas; el cedro más encumbrado del Líbano; el bálsamo más aromático, y el terebinto más frondoso. Las generaciones elegidas pasarán por delante de ti en toda la sucesión de los tiempos, y dirán con la alegría del corazón purificado: «¡Un misterio de gracia se ha realizado en la dichosa Concepción de la Madre del Verbo!»

Veamos ya, finalmente, cómo esa Concepción Inmaculada es también un misterio de poder para la Iglesia.

III.

Cuando el hombre pensador y religioso estudia á fondo la influencia de la Madre de Dios en las sociedades cristianas, comprende desde luego que en el período de las herejías indo-helénicas el culto de María fué, por decirlo así, la luz; en el período de las herejías dogmáticas, fué la fuerza; en el período de las herejías escolásticas, la revelación perfecta de lo gracioso y de lo bello; en la invasión de la herejía protestante, el freno de las inteligencias extraviadas y el sentimiento de lo tierno y de lo casto. Y cuando hemos llegado á estos aciagos días de racionalismo delirante y de materialismo absurdo, la devoción y el culto de la Santísima Virgen, elevados á todo el ideal de su magnificencia divina con la definición dogmática de la Concepción sin mancha de María, se han

manifestado á la vez como luz, como fuerza, como hermosura, como pureza y como amor para la regeneración de los pueblos.

¿Quién no recuerda, Señor, aquel venturoso día en que el Vicario de Jesucristo, rodeado de una gran parte del Episcopado católico, oyendo las súplicas de los fieles y dando una fórmula á la fe de los siglos, repetía, aunque con distintas palabras, esta salutación del Arcángel: «¡Dios te salve, llena de gracia!» ¡Oh! Con ese acto de inspiración sublime, la Iglesia se mostraba como el agua de los nacimientos, que brota cristalina junto á las turbias aguas de la avenida del torrente; puesto que en las mismas horas de la tribulación ella misma se engalanaba con el blanco vestido de las bodas, confundiendo así la satánica soberbia y los presuntuosos alardes del filosofismo contemporáneo.

Sí; á contar desde ese momento solemne, el inolvidable Pío IX, aquel sér privilegiado á quien deberá llamarse en la historia «el Pontífice de la Concepción Inmaculada,» caminando siempre bajo el amparo de la celestial María, daba comienzo á aquella serie de *Alocuciones* sentidas, de Encíclicas admirables, que, resumidas en el Syllabus de todos los errores modernos, constituyen el esfuerzo más colosal que la sabiduría de un Maestro y la solicitud de un Padre hayan podido hacer para escudar á las sociedades contra los vientos de la mentira y contra las avenidas de la desgracia.

Es decir, que el 8 de Diciembre de 1854 trajo el 8 de Diciembre de 1864; y como si esto no fuese todavía bastante, esas fechas imperecederas traían el 8 de Diciembre de 1869. Llevando en los labios el nombre de la Inmaculada María, fué como el sucesor de Pedro congregaba un Concilio Ecuménico, que indicase rumbos salvadores á la inteligencia y al corazón, á los individuos y á las sociedades, á los soberanos y á los pueblos. ¡Ah! La fe creía sentir la presencia del Espíritu Consolador, que enviaba su soplo misterioso sobre los depositarios de la santa doctrina: la razón católica sabía muy bien que de aquella Asamblea augusta habían de correr por todas partes ríos caudalosos de salvación y de vida. Pero además, la fantasía, tendiendo libre su vuelo, descubría mucho aún. Veía los restos monumentales de la Roma pagana inclinarse respetuosos ante la enseña del Evangelio; veía tornarse claras y tranquilas las amarillentas aguas del Tíber; veía al Tirreno y al Adriático rizar alegremente sus ondas; los Apeninos saltar de gozo; las campiñas cubrirse de olorosas flores; y allá, bajo el azul del cielo, colocada sobre nubes de carmín y de oro que sostenían los Serafines, divisaba á la Reina de los Ángeles, que descendía para iluminar con su luz á los representantes de la Iglesia docente, y para inspirar y asistir con especial amor á su Jefe visible en la tierra.

¡Oh tú, sombra venerable y augusta del inmortal Pío IX! Yo debo detenerme un instante para